

II Concurso Nacional de
Novela Universitaria UIS 2017



*En esa noche tibia
de la muerta primavera*

Daniel Ángel

Ediciones
UIS

Universidad
Industrial de
Santander



Portada

En esa noche tibia de la muerta primavera

Daniel Ángel

II Concurso Nacional de
Novela Universitaria UIS 2017



Bucaramanga, 2018



En esa noche tibia de la muerta primavera

Autor: Daniel Ángel

Ilustración: Domingo

© 2018

Universidad Industrial de Santander

Reservados todos los derechos

Primera edición: febrero 2018

ISBN: 978-958-8956-88-6

Diseño, diagramación e impresión:

División de Publicaciones UIS

Carrera 27 calle 9, ciudad universitaria.

Bucaramanga, Colombia

Tel: 634 4000, ext. 1602

ediciones@uis.edu.co

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra,
por cualquier medio, sin autorización escrita de la UIS.

Impreso en Colombia

Epígrafes

Que trite que etá la noche,
la noche que trite etá;
no hai en er Cielo una etrella...
¡Remá, remá!

Canción der boga ausente, Candelario Obeso

La luz vaga... opaco el día,
la llovizna cae y moja
con sus hilos penetrantes la ciudad desierta y fría.
Por el aire tenebroso ignorada mano arroja
un oscuro velo opaco de letal melancolía,
y no hay nadie que, en lo íntimo, no se quiete y se recoja
al mirar las nieblas grises de la atmósfera sombría,
y al oír en las alturas
melancólicas y oscuras
los acentos dejativos
y tristísimos e inciertos
con que suenan las campanas,
¡las campanas plañideras que les hablan a los vivos
de los muertos!

Día de difuntos, José Asunción Silva

Las cosas viejas, tristes, desteñidas,
sin voz y sin color, saben secretos
de las épocas muertas, de las vidas
que ya nadie conserva en la memoria,
y a veces a los hombres, cuando inquietos
las miran y las palpan, con extrañas
voces de agonizante dicen, paso,

casi al oído, alguna rara historia
que tiene oscuridad de telarañas,
son de laúd, y suavidad de raso.

Vejeces, José Asunción Silva

Algo se muere en mí todos los días;
la hora que se aleja me arrebató,
del tiempo en la insonora catarata,
salud, amor, ensueños y alegrías.

Al evocar las ilusiones mías,
pienso: «¡Yo no soy yo!» ¿Por qué, insensata,
la misma vida con su soplo mata
mi antiguo ser, tras lentas agonías?

Soy un extraño ante mis propios ojos,
un nuevo soñador, un peregrino
que ayer pisaba flores y hoy... abrojos.

Y en todo instante, es tal mi desconcierto,
que, ante mi muerte próxima, imagino
que muchas veces en la vida... he muerto.

Resurrecciones, Julio Flórez

Mañana-mediodía

Desde hace días llueve. Quizás hace años o desde la fundación del mundo. Aunque está acostumbrado a aquella constante lluvia que cae sobre su ciudad en formas diferentes, en ocasiones como un aguacero desgajado, otras veces como una leve brizna o como afiladas agujas que penetran las ropas y las carnes de los transeúntes, está harto de la lluvia, en especial esta mañana en que no ha amanecido con el mejor humor. La lluvia es el símbolo de su muerte, él lo sabe. Si no lo matan, será él quien hale el gatillo. También se siente cansado, la falta de sueño, la ausencia de la tregua nocturna lo doblega, y por eso su rostro enjuto y demacrado. Peor con la lluvia. Tener que atravesar los barrizales que se arman en las calles y que ensucian sus botines de charol, justo los importados de Londres, le produce ira contra aquella ciudad inclemente. Da un último salto hasta la entrada de la casa y se siente ridículo. ¿Qué dirían sus amigos poetas y pintores y políticos si lo vieran saltar como un niño escuálido, pálido y sucio bajo la lluvia? Alcanza la puerta de la casa de dos pisos donde tiene su oficina, se detiene bajo el dintel y extrae del bolsillo trasero de su pantalón un pañuelo de seda color lila. Se inclina, pero antes de limpiar sus zapatos, echa una nueva mirada a la calle. La lluvia se precipita como si nunca fuera a cansarse de inundar esa ciudad, de llenarla de malos olores —en especial los exhalados por el arroyo de San Bruno, donde todos los borrachines, obreros y habitantes del bajo mundo arrojan sus excrementos—, como tampoco se cansará de traer enfermedades y plagas. Mejor, piensa, mejor que existan esas enfermedades y plagas para acabar con toda esta miseria.

Por «miseria», ¿se refiere a su vida, a la situación insalubre de su ciudad, a la pobreza que merodea en los ojos de los niños que pasan de tanto en tanto y piden limosnas, descalzos y vestidos con harapos por la calle Real? ¿O quizás se refiere a los borrachines y demás rufianes que salen de las chicherías y que siempre encuentra por la carrera del Perú, arrojados sobre la calle, bajo la inclemencia del frío y de la lluvia por falta de voluntad propia, voluntad y dignidad que han perdido en ese licor infame? ¿O a los aguadores, con las múcuras en sus espaldas, que descenden de los cerros con los pies y las caras manchadas por el barro? Seguramente la miseria a la que se refiere es por todo lo anterior, pues todo ello hace parte de su vida.

Solloza, vuelve la mirada a sus zapatos y los limpia. Se restablece y no sabe qué hacer con el pañuelo que ha quedado embarrado. Decide tirarlo a la basura cuando entra a su oficina. Abre la puerta, entra a la casa y un olor a madera vieja impregna su nariz. El contraste no es tan fuerte. Afuera olía a humedad, a tierra mojada y a mierda, adentro huele a madera recién aserrada, un poco a la misma tierra y a humedad. Nunca agarra la baranda lateral de las escaleras. Le produce escozor, siempre está llena de polvo y no sabe cuántas personas ponen constantemente sus manos sobre ella. A pesar de la lluvia, el piso de la casa está seco. Mira la baranda y, para su asombro, está limpia, ni un rastro de polvo, ni siquiera en el cristal que pende de la pared. Sube las escaleras que traquetean bajo su peso. Alcanza el segundo piso, levanta la mirada y una mujer, de espaldas, agachada y con las rodillas abiertas, friega el adoquinado. Se queda quieto para hacer el menor ruido posible y mira las nalgas de la mujer, que se mueven acompasadamente. Observa también el trozo de carne de las pantorrillas que deja entrever su falda y aflora una erección que no lo sorprende ni lo avergüenza. Al parecer, la mujer siente que alguien la mira por detrás, porque voltea bruscamente su rostro. El poeta la mira de forma cínica y pega sus ojos a las nalgas y a la cintura. La mujer se sonroja, se incorpora, se voltea y, con la cara pegada al piso, saluda con un murmullo débil al poeta, que no responde y que, con lentitud, sigue de largo por su lado para inhalar su aroma, el sudor que se desprende de sus poros.

Entra a la oficina. Está cansado y se deja caer sobre su sillón forrado en terciopelo rojo. Cierra los ojos y respira hondo. Se echa hacia atrás y siente la tibieza y el bienestar que le procura la soledad. La ira se ha disipado, la erección ha desaparecido y la zozobra de aquella mañana se adormece como una ciudad cuando escampa. Está mejor, todo puede estar mejor, piensa. El nuevo negocio, aunque no ha producido mayores ganancias, las dará. Será rico y pagará sus deudas. Se tiene confianza y tiene fe, no en un dios, tampoco en ninguna iglesia ni pastor. Solamente tiene fe, lo habita como una llama interior que muchas veces ha sido expuesta a la intemperie, pero jamás se ha apagado, y, por el contrario, bajo la tempestad ha incrementado su fluir candente. Con los ojos cerrados busca en el bolsillo izquierdo de su saco la petaca de plata martillada en la que guarda sus cigarrillos egipcios. La encuentra junto con la boquilla dorada. A tientas coloca uno de los cigarrillos en la boquilla y lo enciende. Deja que el humo se apodere de él, que llegue a la inextinguible llama que lo habita y la haga más fuerte. Este ejercicio también le produce bienestar, fumar

siempre lo ha tranquilizado, y cuando la vida se ha puesto ruda con él, prefiere encerrarse en su estudio, que alguna vez estuvo atiborrado de libros, tomar uno al azar —preferible si llega a sus manos algo de Goncourt o de Renan y mejor aún si llegan los poemas de Tennyson—, encender un cigarrillo, y, bajo la luz de un débil fanal, quedarse leyendo por horas, hasta que lo encuentre la madrugada.

Da una, dos, tres y hasta cinco largas caladas a su cigarrillo. Abre los ojos cuando intuye que la ceniza está pronta a desprenderse. Busca con la mirada el cenicero atiborrado de colillas y arroja allí la ceniza. Se yergue y coloca los antebrazos sobre el escritorio. Tan solo con ver el sello de la notaría en la esquina superior de uno de los documentos, reaparecen la angustia y la zozobra. Muerde de nuevo su labio y siente cómo el sabor herrumbroso de la sangre, que sale de la llaga que se ha abierto, se mezcla con su saliva. Nunca lo malo pasará del todo, piensa, será siempre el desafortunado, quien no podrá vivir tranquilo. Apaga el cigarrillo y extrae la boquilla que deja sobre el escritorio. Acaricia el pelambre de su abundante barba. Pasa las palmas de sus manos abiertas por el rostro, lo hace con fuerza en sus ojos. Tiene dos opciones, él lo sabe, no tiene escapatoria. Una, hacerles frente a sus deudas, a sus acreedores, en especial al recalcitrante católico y fastidioso anciano, Guillermo Uribe. Dos, hacer como si nada de aquello ocurriera, salir de inmediato de la oficina, echar a correr hasta el palacio, hablar con el presidente gramático y decirle que aquella tarde saldrá para la legación de Guatemala o adonde sea con tal de que lo saque de inmediato de la ciudad. Pero no. ¿En qué demonios piensa? ¿Qué pasaría con su madre y con su hermana? Él es su único sostén, su único sustento económico y moral. Estás loco, murmura, jamás podrías abandonar a tus dos viejas, concluye.

¿Qué libro, qué libro, qué libro?, se pregunta. ¿Cuál es el libro que ha prestado y a quién? Cierra los ojos y frunce el ceño. ¿Cómo olvidar dónde tiene y a quién presta sus libros? Los problemas económicos en realidad están afectando su lucidez. El libro lo tenía sobre su nochero. De París trajo una copia en castellano que regaló quizás a su amigo Sanín Cano, luego importó otro de la casa comercial *Foul Frères*, de la misma ciudad, que extravió en el maldecido naufragio; sin embargo, no hace mucho la casa comercial de Rodolfo Samper le regaló una copia en francés forrada en marroquí rojo, como a él le gusta, que tenía sobre su nochero. El último que estuvo en su cuarto y con quien dialogó hasta altas horas de la noche fue su primo. Su primo le pidió

prestado aquel libro días atrás. Arguyó que el título lo llenaba de curiosidad. No creo, piensa el poeta, además es muy probable que no lo lea, y si lo lee, que no lo entienda, porque ni siquiera conoce bien el francés. Pero terminó por acceder y se lo entregó. *El triunfo de la muerte*, de Gabriel D'Annunzio, recuerda.

Se pone de pie y camina hasta la ventana cerrada aún. Hala el pestillo y abre el rectángulo de madera biselada hacia su costado derecho. Mira el cielo pétreo y de tono endrino. Los nubarrones estáticos amenazan con fiereza y desgajan su lluvia sobre los techados de las casas. Solamente hasta ese momento presta atención a los sonidos que invaden su ciudad. Unos jovencitos vocean abajo los diarios locales, en la oficina contigua algunos hombres cuchichean, las ruedas de un coche giran sobre la tercera calle Real y levantan el agua empozada. En la tercera calle de la Florián, algunos emboladores ofrecen sus servicios, y él aguza su oído hasta oír a la mujer de anchas caderas que sigue fregando el adoquinado. ¿Sería capaz de salir de su oficina y decirle que se acercara y entrara para ayudarlo con algún oficio? ¿Quizás barrer o sacudir el polvo, tan solo para verla moverse y tomarla en forma desprevenida por la espalda, subirle la falda y desfogar en ella toda su pesadumbre? ¿Sería capaz de engañarla? Lo piensa por un segundo y sacude su cabeza en señal de desaprobación. ¿Desde cuándo se le vienen a la cabeza aquellas ideas? ¿Desde que su amante de ojos diamantinos regresó a París? ¿Desde que murió su hermana? ¿Desde que perdió su obra en altamar? No, no puede ser, murmura y camina hasta el escritorio, toma entre sus manos los documentos que tiene encima y los examina. Mejor ocuparse de lo importante y urgente, piensa.

Revisa una veintena de ejecuciones, de las cincuenta y dos que llegaron a recaer en su contra. La gran mayoría firmadas por el señor Guillermo Uribe, el viejo dadivoso, el rezandero que todas las noches, antes de cenar, sometía a su familia y a los comensales e invitados casuales a rezar el rosario, de forma que los hacía aguantar hambre. Y si, por desventura, le sonaran las tripas a alguien, podía estrangularlo con su mirada. O si alguno de sus invitados, fuera niño o viejo, hablara o no le diera la importancia inmaculada al acto, llegaba a sacarlo de su casa. Y siempre con la palabra de Dios en su boca, con el Nuevo Testamento bajo el brazo, hablaba como un pastor a su rebaño sobre las bienaventuranzas que recaerían sobre quienes sufrían. Por eso cuando la segunda y más amada hermana del poeta murió de forma repentina —tanto que no logró creerlo y mucho menos superarlo—, el señor Guillermo le

aconsejó un sinfín de lecturas místicas y el acercamiento a Dios, además de que se comprometió a acompañarlo a la sagrada eucaristía, primero a las cinco de la mañana en la iglesia de San Agustín, luego al mediodía en el Templo de San Carlos, y por último a las seis de la tarde en la iglesia de Santo Domingo. El poeta accedió por un tiempo, pero al comprobar la ineficacia del método, desistió y se fue en ristre no solo contra Guillermo, quien posteriormente le enrostró todos los favores que le había hecho a él y a su padre, sino que a Dios le propuso duelo. Una batalla que daría, aunque estuviera perdida de antemano. Deja las ejecuciones sobre el escritorio, extrae otro cigarrillo de la petaca y lo enciende. Debe concentrarse en su nuevo negocio. Los baldosines con diseños novedosos y artísticos que copió de París serán un furor, piensa. Ya tiene en su poder la propiedad intelectual de aquel invento y las facultades legales para explotarlo durante veinte años, poder que firmó el propio presidente del país. Se sienta de nuevo en su sillón y saca el cuaderno de contabilidad de uno de los cajones del escritorio. Revisa las cuentas pendientes, los saldos y los pasivos. Ya ha entregado a Pío, su ayudante y vigilante en la fábrica, el tornillo faltante para la máquina que cose el barro. Todo debe estar andando a las mil maravillas. Dentro de poco terminará de pagar las deudas a Guillermo, y podrá pasar delante de su casa en un coche, mientras fuma de una pipa tallada, importada directamente de Viena, acompañado de su madre y de su única hermana viva, con dirección a Chantilly para disfrutar de unas merecidas vacaciones.

Años atrás, incluso antes de la muerte de su ser más amado, casi todos los fines de semana caminaban hasta la calle Real, donde alquilaban un coche particular y salían de la ciudad rumbo a Chapinero, donde el aire puro descendía desde los cerros, corría con libertad por el valle, atravesaba su casa de campo y traía consigo el olor virginal del camellón de los Eucaliptos y el agua de la quebrada de las Delicias, que se encontraba libre de la putrefacción de los hombres de la ciudad, y arrastraba las hojas que el otoño había arrebatado a los árboles. El sonido de la naturaleza, de las ramas de los eucaliptos que se mecían con el fluir del viento, el crepitar de las luciérnagas y el croar de las ranas le producían una profunda sensación de introspección. Salvo los paseos que daba con su amada hermana por los caminos empedrados de Chantilly y de las extensas conversaciones sostenidas sobre pintura, literatura, música y otras manifestaciones del arte, a las que ella respondía con tal inteligencia e integridad como cualquiera de sus amigos parisinos, salvo aquella compañía,

prefería estar solo, sentarse en una gran piedra o recostado contra el tronco de un árbol, cerca al pozo o a la fuente, cerrados los ojos, concentrado únicamente en el sonido del agua circundada o en imaginar la implosión de las estrellas que morían. Algunas veces, llevaba consigo la libreta de tapas de hule negro donde tomaba apuntes, escribía algunos versos, impresiones o simples preguntas sobre botánica o astronomía, que con presteza resolvía al regresar a la ciudad. Pero los tiempos habían cambiado, no solo después de la muerte de su padre y de su hermana adorada, de los fracasos económicos que lograba sortear de cualquier manera, sino después del naufragio. Tantos años había trabajado en una obra bella, concienzuda, para que esta fuera a perecer en el fondo del mar Atlántico y todo por culpa de un marinero beodo, de un capitán borrachín, como irónicamente lo llamaron algunos periódicos locales. Sacude el cigarrillo sobre el cenicero y deja caer la ceniza, sonrío y recuerda el *Barco ebrio*, de Rimbaud, recuerda la tarde lluviosa en que lo leyó en un “martes de poesía” en casa de Mallarmé. Pero esa es otra historia, murmura y vuelve su recuerdo a la pacata Bogotá, a la ignominiosa y culta ciudad en la que confluyen los grandes gramáticos de toda América, pintores e intelectuales que rieron a carcajadas cuando leyeron sus mejores versos publicados en una revista de poca monta y de poca circulación en la caribeña Barranquilla.

Siente seca la boca. Apaga el cigarrillo y deja el cuaderno de contabilidad sobre el escritorio, sin prestar mayor atención a los números y nombres que aparecen ubicados en las casillas. No ha traído su té, también importado de Londres. Tendrá que salir a buscar algo de beber. Se pone de pie y se da cuenta de que no se ha quitado el saco. Nunca le había pasado. Es un mal augurio, quizás aquel seguirá siendo un mal día. Vuelve a sentarse. Se siente incómodo. Una zozobra ya conocida se apodera de él. Quiere salir de allí y sentarse en el restaurante El Castillo y beber algo y conversar un rato con alguien, con la primera persona que encuentre. Mejor si la conversación se sostiene con intrascendencias y chismes, de eso sí saben aquí, piensa, en realidad es de lo único que saben, de eso y de gramática. Pero sigue lloviendo y no tiene paraguas y no quiere ir por las calles como un loco bajo la lluvia. Ya mucho se ha comentado de él por ahí en cada esquina y han sido tantas que puede numerar aquellas habladurías: su supuesta preferencia por la sodomía, sus relaciones incestuosas, las burlas que hace a los demás, su dandismo y refinamiento exagerados y sus declives económicos. Tal ha sido su desespero, que en varias ocasiones se ha sobreactuado manchándose la nariz con tinta